

El riesgo de no parar de reírse

La conjura de los vicios

DAVID BETANCOURT

Literatura Random House, Bogotá,
2020, 212 pp.

LEYENDO EL libro de David Betancourt me pasó lo mismo que a Julio Ramón Ribeyro poco después de descubrir a un autor que, se nota, ha estimulado al escritor paisa: “Lo que escribe Bukowski es impresionante, pero se agota con su lectura. No hay más de lo que se dice. Su discurso se superpone geoméricamente a su significado. No hay esas fisuras, eso no dicho, lo callado o reprimido, lo simplemente insinuado” (*La tentación del fracaso*, p. 645).

Lo primero que llegó a mis manos del escritor nacido en Medellín fue *Bestiario*. La impresión fue grata. Las influencias se le notaban: la fantasía y el absurdo de Felisberto Hernández, ese uso impensable de la prosopopeya; la prosa virulenta y veloz de Fernando Vallejo, la exaltación de la jerga antioqueña, y claro: la marginalidad e incesante borrachera de Charles Bukowski, el fondo mohíno de sus historias.

En *La conjura de los vicios* se percibe mayor agilidad en su narrativa, mayor precisión en el polisíndeton, mayor seguridad en su estilo. El oído de Betancourt sabe replicar el murmullo de los andenes, las esquinas y los callejones. Sabe estetizar lo baladí, lo impensable, lo menos cómico. Sabe, incluso, escoger el nombre de sus personajes: el tío Anzizar, el escritor Gildardo, el Centro de Rehabilitación Papá John, etc.

La lectura de los cuentos de Betancourt es placentera e hilarante. Pero su fuerza se extenúa a medida que transcurren las páginas. Lo que son eficientes recursos en un momento se hace reiterativo y sofocante (ya está bien: mucho licor). Y de repente, uno no quiere leer más. Uno desea —porque quiere llevarse una buena sensación— que el relato termine. Uno para de reírse, si se tratara de contrariar el comentario de Pilar Quintana en la contraportada del libro. Ay, bueno, sí. Sus argumentos son ingeniosos. Pero ya, ya. Bueno, ya.

Sigamos, sigamos, ligero, rápido, sigamos —dijo la Impaciencia y las digresiones protestaron—. No ven que se están muriendo la trama, la tensión y la intensidad, no ven que se está alargando la historia y los vicios se están aburriendo y cansando y desesperando, qué pecao, por exceso de trabajo, por la explotación, y van y se desenvuelven mal de pura pica (ayyyyy, como son de fregaos los personajes) para tirarse el cuento y desquitarse con el autor. (p. 207)

Mucho me temo que ese regodeo es adrede, como el lunfardo de Roberto Arlt, los adjetivos de Onetti, la desmesura del autor de *El desbarrancadero*. Y como es así, como es cuestión de burla y complicidad, la consideración se torna aún más subjetiva. Toda obra lo es, desde luego. Pero el libro solicita una suerte de pacto que no todos están dispuestos a *tomar*.

Prefiero anunciar peluches, mi caballero hablante —dijo mi escudero como cuando uno no da la talla en algo, disculpándose—. Es que usted habla poncheradas de mierda, con todo respeto y cortesía se lo digo, usted dice muchas cosas sin sustancia y me iba a correr la teja. Usted se gasta las palabras en exceso hablando una infinidad de nada. (p. 170)

Esa es la palabra clave: exceso. Verborrea innecesaria.

Así pues, vamos por partes. En el primer relato, “Gonorrea”, un joven es obligado a internarse en un centro de rehabilitación. ¿Su vicio? “Yo no meto nada, señor, yo saco. A mí me salen groserías por la boca, como si estuviera encartado con ellas o se resbalaran. Hasta sin ganas se me salen y yo no hago nada por atajarlas” (p. 25).

En “El camarada Piquitos”, un empleado de una fábrica de ropa deportiva —uniformes de fútbol para equipos de barrio— está obsesionado con los besos de don Rodrigo. Su vicio es ese. Amén de gustarle, lo hacen trabajar mejor.

En “Atenete a las consecuencias”, un rehabilitado se encuentra con su expareja, quien antes lo apresuraba a dejar las drogas, y que tiempo después terminó aventajada por ellas.

En “El componedor”, un sujeto tiene como defecto mejorar la apariencia físi-

ca de las personas, los espacios, corregir sintaxis, ortografía. Todo esto sin que nadie se lo pida. Y como nadie lo hace, él mismo se agradece.

En “Muertamenta”, un escritor tiene como manía matar a los personajes. De fondo subyace una crítica a un tipo de literatura manida y abusada, un juego de metaficción que en un lector no avezado podría parecer novedoso. Lo mismo que en “La conjura de los vicios”, donde un motivador personal —reclutador de clientes para el centro de rehabilitación que se menciona a lo largo de libro—, que convive con una familia de drogadictos, un día decide aventurarse a consumir drogas.

En estos cuentos Betancourt es insinuado como personaje. Su libro anterior se menciona, las plumas que comentan el más reciente también. De forma que autor y narrador aparentan ser indistinguibles. (Al margen queda el tufillo vanidoso. Digamos que esto es inherente a todo escritor.)

En “El prendido desprendido”, un alcohólico comienza regalando unas pocas cosas de su casa hasta que termina por perderlo todo, y padece el desdén del sujeto al que ayudó. En “Las desventuras del rey de la conversa”, un individuo pasa por estrambóticas peripecias con tal de saciar su necesidad de hablar.

El humor de sus cuentos es un pretexto para abordar los problemas de gente asediada por diferentes tipos de males, una excusa para parodiar la solemnidad de ciertos círculos, un espacio para lanzar críticas al mundillo literario.

La conjura de los vicios es un libro que trabaja bien su concepto. Sus virtudes saltan a la vista. El riesgo que asume el escritor es el de caer en el formulismo, quiero decir: en repetirse a sí mismo, en embelesarse en su propio juego, en ahogarse en su reflejo. El tiempo se encargará de juzgarlo.

En todo caso, es una voz que por su estilo y su apuesta se hace un lugar en el panorama de las letras nacionales.

Jaír Villano